

CAPÍTULO 9

SITIOS PEQUEÑOS EN LOS CAMINOS INKAICOS

Los inkas construyeron a la vera de sus caminos diversas clases de sitios considerablemente más pequeños que los centros administrativos o los *tampu*. Estos sitios tienen una gama de funciones relativamente específicas. Algunos, como las *chaskiwasis* o postas de mensajeros-corredores, son frecuentemente mencionados en las crónicas tempranas. Otros sitios pequeños, como distintas formas de santuarios o adoratorios, son tratados sólo ocasionalmente y existen muy pocas descripciones físicas de ellos.

Los arqueólogos han contribuido muy poco a la comprensión de estos pequeños sitios ubicados a la vera de los caminos, ya que nunca han sido investigados sistemáticamente debido a la preferencia por el estudio de sitios más grandes y espectaculares. Esto ha sido un serio error, dado que lo que los sitios pequeños carecían en tamaño lo reemplazaban por su gran número. Por tanto, las diversas categorías de estos sitios, que pueden haber tenido cientos si no miles de representantes, han desaparecido sin previo estudio.

Las exploraciones llevadas a cabo por el Proyecto Caminos Inkaicos encontraron pequeños sitios de este tipo por todos los tramos de caminos donde también se encontraron *tampus*. Desafortunadamente, es probable que muchos de estos sitios pequeños fueran pasados por alto inadvertidamente, dado que las únicas indicaciones de superficie sobre su presencia generalmente están constituidas por algunos pocos escombros o artefactos en la superficie. Cuando se detectaba alguno de estos sitios, éstos eran fotografiados, se dibujaba un plano y se lo ubicaba en mapas topográficos, de la misma forma que se hacía con los *tampu*. No obstante, la naturaleza esporádica de los datos provenientes de estos sitios, que variaba de una zona de prospección a otra y de área geográfica a otra dentro de la misma zona, nos indica que hay pocas posibilidades que los sitios sobre los que se informa acá sean realmente representativos, en cantidad, de la variedad total existente durante el gobierno del Tawantinsuyu.

Los sitios pequeños no son sólo difíciles de ver dado su pequeño tamaño y también por su pobre construcción, sino debido a que han corrido mayor riesgo de desaparecer durante los últimos 450 años. Han sido desmantelados para reutilizar sus piedras, arados para convertirlos en campos de cultivo o transformados en otras estructuras. Un *tampu*, por ejemplo, es un resto arqueológico mucho más duradero que un sitio pequeño, simplemente por ser más grande y por requerir de mayor energía humana o natural para destruirlo.

Este capítulo está dedicado a presentar la evidencia arqueológica de cuatro categorías de sitios pequeños, e intentará plasmar algunas conclusiones sobre los mismos que vayan más allá de los datos que puedan obtenerse de las fuentes escritas tempranas. Estas categorías son: 1) Postas para *chaskis*; 2) *apachetas*; 3) adoratorios; y 4) puestos de control.

POSTAS DE CHASKIS (CHASKIWASIS)

Casi todas las crónicas de los siglos XVI y XVII, y muchos de los informes y relatos administrativos, describen el maravilloso sistema de *chaskis* que, a través de postas de corredores, llevaban mensajes y pequeños objetos a través de grandes distancias dentro del Imperio en cuestión de días o, a lo sumo, de una o dos semanas. Tanto Alberto Regal (1936: 15-17) como Strube E. (1963: 81-86) han resumido mucha de la abundante información sobre este tema, por lo que resultaría innecesario repetirlo aquí. Sin embargo, la información escrita sobre el sistema *chaski* es algunas veces contradictoria, y otras veces incompleta. Por ejemplo, aún no tenemos un conocimiento exacto sobre una serie de puntos:

- 1.- ¿Qué aspecto tenían las *chaskiwasis*?
- 2.- ¿A qué distancia estaban unas de otras?
- 3.- ¿Todos los caminos incaicos fueron usados por *chaskis* o sólo algunos?
- 4.- ¿Cómo se pasaba un mensaje a través de docenas de mensajeros sin desnaturalizarlo?

La evidencia reunida por el Proyecto de Caminos Incaicos permite una reevaluación de los puntos antes expuestos, pero de ninguna forma los resuelve a plenitud.

EL ASPECTO FÍSICO DE LAS CHASKIWASIS

El autor conoce solo dos descripciones *chaskiwasis* proporcionadas por testigos oculares. Uno fue Cieza de León ([1553] 1967: 70-72), quien sólo dice que eran pequeñas y techadas de madera y paja. El dice además que vio "algunas de estas casas", afirmación que puede indicar que ya en la época de sus viajes (1540 en adelante) muchas habían dejado de existir. En otro pasaje, Cieza ([1553] 1962: 137) escribe que la *chaskiwasi* era una casa pequeña donde vivían dos indios (*chaskis*) con

sus mujeres, lo que sugiere que las postas eran en realidad unidades habitacionales donde se llevaban a cabo actividades domésticas. Un testimonio de 1568 (en Salomon 1978: 217), menciona también la presencia de mujeres y familias en las postas.

Cobo nos proporciona la otra descripción ([1653] 1964: 126-129) de estas postas. El escribió que eran chozas, llamadas *chuclla*, y que se encontraban por pares; eran lo suficientemente grandes como para alojar sólo a dos hombres, y que en el *Qolla Suyu* estaban construidas de piedra rústicas sin mortero. Las chozas eran del tamaño de un horno de pan (¿circulares?) y "algunas de las cuales aún están en pie". Nos indica también que probablemente estuvieron techadas con paja, al decir que algunas de ellas no habían sido quemadas por los viajeros que las usaron para protegerse del frío. También anota que las *chaskiwasis* estaban construidas de diversas formas y maneras en cada región. Polo de Ondegardo ([1571] 1916: 103-105) no describe las *chaskiwasis*, pero dice que las postas eran pequeñas (*casillas*) y en pares.

Existe evidencia arqueológica sobre las *chaskiwasis*, pero es difícil de aislar y analizar porque no hay aún indicación de cuáles son los artefactos específicos o la arquitectura particular diagnóstica que caracterice estos sitios. Los arqueólogos del Proyecto Caminos Incaicos encontraron cimientos rectangulares, tanto individuales como en pares, en varios trechos de caminos en Huánuco (Perú) (Fig. 9.1), Cañar—Azúay (Ecuador), Atacama (Chile) y Lambayeque—Moche (Perú). Tenemos la esperanza de encontrar sitios pequeños en los caminos incaicos de Cajamarca—

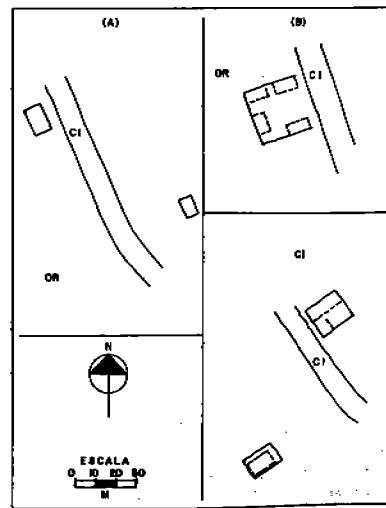


Fig. 9.1.— Sitios pequeños sobre el camino incaico en Huánuco, Perú: (A) Inka Huayl, y (C) Sirrom. "OR" significa otros restos. "CI" significa camino incaico.



Fig. 9.2.- El sitio de MR tiene un solo cuarto, con un lado abierto al camino incaico en el desierto de Atacama. Posiblemente fue una posta para los *chaskis*, mensajeros en los caminos del Tawantinsuyu.

Huamachuco (Perú) y en el lago Titicaca (Perú), pero ahora me doy cuenta que tal esperanza era infundada, dado que en esta zona hasta la arquitectura más sólida de los *tampus* ha sido destruida.

Tal vez los mejores candidatos de *chaskiwasi* encontrados por el Proyecto Caminos Incaicos fueron los sitios subrectangulares en el desierto de Atacama (Fig. 9.2). Aquí, la preservación arqueológica fue mejor que en cualquier otra zona explorada. Los sitios subrectangulares (Hyslop y Rivera 1984) generalmente tenían abierto el lado que daba sobre el camino, y contenían cerámica de superficie similar a la hallada en los *tampus* del mismo camino (Fig. 9.3). La construcción de sus muros (doble fila de piedra sin mortero) era también similar a la de los *tampus*; y su emplazamiento intermitente entre *tampus* refuerza su condición de *chaskiwasi*. No obstante no estamos del todo seguros, ya que las estructuras subrectangulares no estaban construidas por pares, ni se encontraron estructuras similares hacia el sur del mismo camino cerca de Copiapó (Iribarren y Bergholz 1971).

Se debe hacer notar que no necesariamente las *chaskiwasis* debían encontrarse por pares, ya que sólo un par (Cobo y Polo de Ondegardo) de entre una docena de antiguos viajeros que tocaron este tema hicieron hincapié en este punto. Más aún, las exploraciones realizadas por el Proyecto Caminos Incaicos encontraron muy pocos ejemplos de estructuras apareadas a la vera de los caminos incaicos. Además de los sitios de Licujirca al norte de Tunsukancha en Huánuco (Hyslop 1984: 81) y

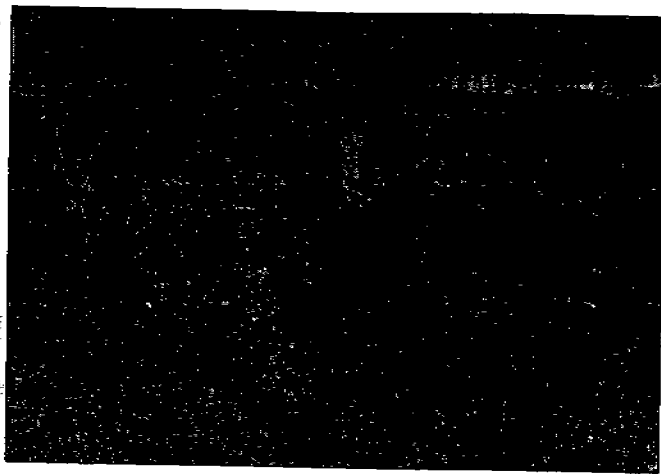


Fig. 9.3.- Sitio subrectangular HB. Esta pequeña estructura fue posiblemente un *chaskiwasi* en el camino incaico, sobre el desierto de Atacama en Chile. El sitio es similar a una cantidad de otros encontrados entre *tampus* por los caminos.

Huasipampa al sur de Azuay, Ecuador (Hyslop 1984: 32), sólo von Hagen (1957: 194) nos presenta diagrama de un sitio con dos pares de estructuras cerca a Jauja (Perú).

Tal vez la clave para la comprensión del aspecto físico de las *chaskiwasis* sea aquella frase de Cobo, quien notó que eran diferentes en las distintas partes del Imperio. Si las *chaskiwasis* fueron tan variadas como los *tampus* en su concepción arquitectónica (ver capítulo 7 sobre *tampu*), hay entonces muy pocas posibilidades de que los arqueólogos descubran los rasgos arquitectónicos característicos de estas construcciones. La comparación que hace Cobo entre las *chaskiwasis* y los hornos de pan (presumiblemente redondos), parecerían contradecir la evidencia obtenida por los reconocimientos llevados a cabo por el Proyecto Caminos Incaicos en sitios subrectangulares, o casi rectangulares. No obstante, podría no haber contradicción ya que podemos postular que las *chaskiwasis* imitaban las unidades habitacionales. En el *Qolla Suyu*, donde Cobo describió las postas, las unidades habitacionales intercoloniales tardías era también usualmente redondas. Otras áreas pudieron haber tenido postas rectangulares.

Los dos testigos oculares de las *chaskiwasis* (Cieza y Cobo) son conocidos como orientaristas acuciosos, por lo que sería inteligente no decidir sobre cuál descripción es la correcta sino más bien aceptar ambas como una realidad de lo que cada



Fig. 9.4. - "Coreo maior i menor Hatunchasquichuru. Mullo chasqui curaca". Chasqui con su indumentaria, según Huamán Poma.

uno vio o recordó, presumiblemente en distintas regiones. Para abreviar, las postas probablemente variaban en tamaño, cantidad de estructuras (una o dos) y forma (redonda o rectangular).

Es probable que las actividades de los *chaskis* no estuvieran siempre reducidas a las realizadas dentro de las postas. Tal como era el caso de las funciones de almacenaje y hospedaje en los *tampus*, las actividades de los *chaskis* estaban probablemente integradas a las de otros sitios más importantes, cuando ésto era posible. Por lo tanto, posiblemente tanto los *tampus* como algunos centros principales albergaran a los *chaskis*.

Me he preguntado muchas veces si existe alguna táctica arqueológica que pudiera ser utilizada para identificar la presencia de los *chaskis*. Una posibilidad sería la de excavar algunos de los cada vez más numerosos lugares pequeños ubicados a la vera de los caminos incaicos, en busca de artefactos no perecederos tales como las trompetas de concha (*pututu*) que según Guamán Poma ([1614] 1944: 353) formaban parte del atuendo de los *chaskis* (Fig. 9.4).

LA DISTANCIA ENTRE CHASKIWASIS

Los informantes tempranos varían sustancialmente cuando se refieren a la distancia que había entre *chaskiwasis*. El cronista Estete recuerda que habían seis en una legua, en tanto que Cobo, Garcilaso y Santillán escriben que se encontraban separadas por un cuarto de legua. Zárate, Guamán Poma, Sarmiento de Gamboa y Cieza establecen una distancia de media legua, Pedro Pizarro escribe una legua, mientras que Gutiérrez de Santa Clara, Polo de Ondegardo, los funcionarios del *kipu* y Acosta indican una legua y media.

¿A qué se debe tanta variación, viniendo la mayor parte de ella de autores por lo general confiables? Pareciera que nadie miente, sino más bien que cada uno generalizó sobre la información específica que había observado o recogido.

Las descripciones de las *chaskiwasis* provenientes de testigos oculares como Cieza y Cobo, nos dicen que hablan visto "algunas". Esto crea la posibilidad de que aún los primeros viajeros que atravesaron los caminos incaicos no pudieron observar una secuencia completa de postas, probablemente porque estos sitios pequeños no sobrevivieron mucho después de la caída del Imperio. La falta de secuencias completas visibles de tales postas, puede haber producido en estos viajeros ideas diversas en cuanto a las distancias que las separaban.

Otra explicación sobre las variaciones de distancias entre *chaskiwasis* puede ser que existió una considerable latitud entre aquellas distancias, tal como se dio en el caso de los *tampus*. Las fuentes históricas reseñan distancias desde un sexto a un cuarto de legua (cerca de 1 km.) hasta de una legua y media (cerca de 8 km.). Tal como en el caso de los *tampus*, es posible que las condiciones ambientales y la cercanía y disponibilidad de mano de obra local determinara la frecuencia de las postas en un camino dado. Por otro lado, las distancias de uno a ocho kilómetros tienen bastante sentido, ya que un corredor en terreno plano probablemente estaría tan exhausto después de ocho kilómetros como uno que hubiera tenido que trepar uno o dos kilómetros por una aguda ladera.

El Proyecto Caminos Incaicos no pudo aislar con certeza una secuencia completa de *chaskiwasis*, como para calcular las distancias entre las mismas. No obstante, si los sitios subrectangulares en el desierto de Atacama son postas de *chaskis*, entonces están separados unos de otros o de un *tampu* por las distancias que a continuación se detallan: 12, 2.5, 5.5, 30, 6.5, 13, 9.5 y 20 kilómetros. Un buen número de estas distancias son mayores que las referidas por los cronistas antes citados, y las de 20 y 30 kilómetros no parecen muy realistas, aunque tal vez se nos escaparon algunas postas intermedias. Por más que el camino del desierto de Atacama fue el más aislado de todos los caminos incaicos recorridos por el Proyecto, se encontró también que los *tampus* se encontraban espaciados a una mayor distancia que en cualquier otro tramo de camino investigado por lo que uno pudiera suponer que las postas de los *chaskis* estaban asimismo más distanciadas que en cualquier otro tramo.

Los españoles restablecieron el sistema de *chaskis* en algunas ocasiones, como durante las Guerras Civiles. El reemplazo de los corredores por caballos en el siglo XVII (Regal 1936: 17), fue el fin del sistema de *chaskis* que, bajo la administración española, operó con menor eficiencia que en tiempos de los inkas. Cobo notó (1653] 1964: 131) que los corredores eran capaces de hacer llegar una carta de Lima al Cuzco en tres días, mientras que a caballo este mismo viaje tomaba de doce a trece días. No se sabe si las postas de *chaskis* del período incaico fueron usadas en tiempos coloniales, o si se construyeron nuevas estaciones. Salomon (1978: 217) cita a un obispo de Quito de alrededor de 1560, quien escribió que en ese entonces los *chaskis* estaban estacionados a intervalos de una legua y media (cerca de 8 kilómetros). Se trata de una medida equivalente al *tupu*, una medida de distancia incaica que era la que separaba a las *chaskiwasis* según los funcionarios del *kipu* y Polo de Ondegardo.

Dado que los datos actualmente disponibles varían tanto en lo que concierne a la distancia entre *chaskiwasis*, como en cuanto a sobre qué caminos se encontraban, es inútil estimar cuántas postas de *chaskis* existieron durante el Imperio. Esto es aún más complicado, ya que las fuentes escritas difieren sobre si eran dos o cuatro los *chaskis* en cada posta. Las Casas (en Strube 1963: 82) nos da la cifra de 1,500 *chaskis* en funciones en la ruta Quito—Cuzco. Si esto es exacto, entonces pueden haber habido ya sea 750 (2 *chaskis* por posta) o 375 (4 *chaskis* por posta) estacionados en la arteria principal que tenía aproximadamente 2,500 kilómetros de extensión. Estas postas pudieron haber estado separadas por una distancia promedio de entre 3.3 a 6.7 kilómetros, dependiendo de si eran 2 ó 4 los *chaskis* por posta. Ambas distancias están muy dentro del margen de distancias entre postas que hemos sugerido antes.

Como se expone a continuación, las *chaskiwasis* estaban sobre varios de los caminos principales. Los *chaskis* del tramo Cuzco—Quito formaban parte de un sistema mayor. Aún dando por aceptable la escasa evidencia concierne a cuáles eran los caminos que poseían el sistema, y con qué frecuencia se encontraban las postas, es imposible evitar la observación de que muchos miles de corredores deben haber estado movilizados permanentemente, las 24 horas del día, para hacer funcionar el sistema.

RUTAS EMPLEADAS POR CHASKIS

Si bien las referencias escritas tempranas que evidencian cuáles eran los caminos que tenían *chaskis* no son muy completas, es claro que el sistema se extendía a través de la arteria principal de la sierra desde Quito, a través del Cuzco, hasta el centro de Chile. Es también claro que por lo menos una ruta con *chaskis* corría hacia la costa del Pacífico, dado que el Emperador recibía productos del mar vía este sistema. Más allá de estas observaciones, hay muy poca evidencia que otros caminos tuvieran *chaskis*. El Proyecto Caminos Incaicos pudo localizar pequeños sitios que pudieron ser *chaskiwasis* en los reconocimientos realizados en las zonas de Cañar—Azuay, Huánuco y Atacama. Estos caminos forman parte de la arteria principal al sur y norte de Cuzco. La falta de sitios pequeños en otros tramos de estas mismas

arterias (Cajamarca—Huamachuco, el lago Titicaca), se debe sin duda a la pobreza de la conservación arqueológica.

Otros caminos, en los cuales la preservación es en general buena y por lo tanto uno pudiera esperar encontrar *chaskiwasis*, no produjeron evidencia alguna de la existencia de sitios pequeños (Parí—Tapacari, Bolivia; Calchaquí—Tastil y Uspallata—Mendoza, Argentina).

Soy consciente que no existe hasta el momento evidencia histórica o arqueológica confiable concierne a cuáles rutas laterales costa—sierra estuvieron organizadas con *chaskis*. La gran importancia del camino de Chincha (vía Pisco y Vilcas) al Cuzco, nos hace suponer que puede haber tenido *chaskis*; no obstante nuestro reconocimiento de un tramo de este camino, desde la puna y a lo largo del valle de Pisco hasta Chincha, no encontró sitio pequeño alguno que pueda haber sido *chaskiwasi*. Aquí, sin embargo, el problema de identificación se complica por el apiñamiento de sitios a lo largo del valle de Pisco, y el determinar postas de *chaskis* entre ellos está más allá de las posibilidades de una rápida prospección arqueológica. Un grupo de sitios pequeños a la vera del camino por el desierto de Pisco y Chincha, no constituye posiblemente evidencia sólida de la existencia de postas de corredores, dado que estos sitios están separados sólo por unos pocos cientos de metros.

María Rostworowski (1977: 218-219) informa sobre un camino especial de *chaskis* entre los valles de Lurín y Rímac en la costa central del Perú. El autor trató de ubicarlo, pero no pudo dar con él. Como la mayoría de los caminos en el desierto, probablemente fuera sólo una huella, y puede también haber sido una introducción española dado que los *chaskis* fueron usados entre Lima y Cuzco en el período Colonial temprano. Estos corredores debieron haberse dirigido al sur desde el Rímac (Lima), hasta Lurín, o hacia algún valle más al sur antes de doblar hacia el interior.

La evidencia de *chaskis* inkas en la cercana costa sur del Perú es descorazonadoramente débil; cuidadosos reconocimientos del camino de Pachacamac (Lurín) a Ica, o del camino incaico que se interna hacia el este desde Chala (costa de Arequipa), posiblemente podrían producir en el futuro esta evidencia.

El Proyecto Caminos Incaicos no pudo encontrar evidencia de *chaskiwasis* en el camino entre los valles de Lambayeque y Moche, en la costa norte del Perú. Los pequeños sitios localizados en este camino parecen haber tenido otra función (ver la sección siguiente sobre puestos de control). Se ha sugerido que el sistema de *chaskis* es de gran antigüedad en la costa norte, dado que vasijas de cerámica de la cultura Moche (100-800 d.C.) muestran corredores (Fig. 9.5). No obstante, necesitamos mayores evidencias histórica y/o arqueológica antes de plantear que el *chaski* fuera una institución incaica usada en la costa norte. El Emperador incaico cautivo en la sierra de Cajamarca recibía pescado de la costa, lo que constituye un indicador de la ruta de *chaskis* en ese lugar. Salomon (1978: 216-217) informa sobre una conexión vía *chaskis* entre la región serrana de Chimbo y Guayaquil en el titoral. Desafortunadamente, el Proyecto Caminos Incaicos no pudo recabar más información concierne a cuáles caminos incaicos tenían *chaskis*, y hasta que no se obtenga más información uno puede considerar dos posibilidades:



Fig. 95.- Grupos de mensajeros pintados en la cerámica Moche, tomados del segundo tomo de *Los Mochicas* de Rafael Larco Hoyle, quien los define como "Mensajeros que llevan en las manos manojos que constituyen una nueva modalidad de mensaje". El cerámico se encuentra en el Museo Rafael Larco Herrera.

Primera: Tal vez el sistema de *chaskis* estuviera limitado a una sola arteria principal norte-sur y a uno o dos caminos laterales hacia la costa. Si éste fuera el caso, es inútil tratar de localizar *chaskiwasis* en la mayoría de los caminos incaicos.

Segunda: todavía existe la posibilidad de que el sistema estuviera más difundido y por lo tanto su identificación arqueológica requeriría de reconocimientos variados y sumamente minuciosos, dado que los restos de las postas son pequeños y frágiles, y proclives de haber sido destruidos en muchas áreas.

¿CÓMO TRANSMITÍAN LOS CHASKIS SUS MENSAJES?

John Murra (1980: 105) fue el primero en plantear el tema de cómo fue posible pasar un mensaje, a través de distintos *chaskis*, sin alterarlo. Sin ir muy lejos, los datos expuestos acá establecen claramente que cualquier mensaje debe haber pasado entre varios cientos de *chaskis* distintos, particularmente en las rutas más largas como la de Cuzco-Quito, o Cuzco-Chile. Es difícil creer que un mensaje por transmisión oral pudiese arribar inalterado; efectivamente, si uno calcula aun 8 kilómetros como el máximo de distancia promedio entre postas, un mensaje entre Quito y Cuzco debió haber pasado por lo menos a través de 375 individuos. El problema de la transmisión exacta de la información se agrava por el hecho de que los *chaskis*, aunque entrenados para ese trabajo, no lo eran a tiempo completo sino que eran relevados cada cierto número de semanas. Es más, probablemente provinieran de distintos orígenes culturales y lingüísticos, puesto que eran reclutados entre las poblaciones de la región que hacían el trabajo de *chaski* como una parte de sus obligaciones de *mita*.

La clave para el éxito del sistema fue posiblemente el uso del *kipu*, sistema de cuerdas anudadas utilizado por los incas para almacenar diversas categorías de información (Locke 1923). Hay muy pocos informes escritos tempranos que relacionen al *kipu* con los *chaskis*. Estete ([1535] 1924: 51) escribió que los mensajeros

"...corrían de una casilla a otra, y esto a todo correr, y de palabra declan al que estaba aguardándole a la puera, la embajada que llevaba a quien, y además de lo que le decía de palabra, llevaba ciertos nudos para memoria, con los cuales, en muchas cosas ellos entendían; y de esta manera el uno al otro y el otro al otro declan su embajada hasta que legaban la noticia de aquel a quien era enviados".

Garcilaso ([1609] 1960/II: 203) describe conjuntamente los *chaski* y los *kipu*. Nos explica que los mensajes orales eran cortos y sucintos, y que eran repetidos tres o cuatro veces "hasta que el portador estuviera seguro de ello". Explica luego que los mensajes eran enviados a través del *kipu*, dado que los funcionarios del *kipu*, separados por grandes distancias, comprendían el mismo sistema de códigos. Al parecer las categorías de información contenidas en los *kipu* podían ser infinitas, habiendo Murra investigado las más típicas (1957: 243-254; 1982). Por otro lado, en los primeros tiempos de la Colonia los indios iban a la iglesia llevando su *kipu*, para recordar sus confesiones.

Es posible que la mayor parte de la información que era llevada por los *chaskis* estuviera confiada a los *kipu*, y que el mensaje oral se limitara a indicar dónde y a quién debía ser dirigida. Si el sistema de *chaski* funcionó en solo unos pocos caminos, era limitado el riesgo de que el mensaje fuera enviado por una dirección equivocada.

En resumen, la posibilidad de transmitir oralmente un mensaje, a través de varios cientos de individuos, se hace más plausible si: 1) el mensaje es corto, probablemente limitado a la identificación del destino o el destinatario; 2) el mensaje es repetido varias veces; 3) el número de destinos y destinatarios es limitado; y 4) la información más compleja es transmitida a través del *kipu*.

APACHETAS

Las *apachetas* son sitios ceremoniales ubicados en puntos altos de caminos o en cruces [abraz], donde los viajeros dejaban frecuentemente ofrendas, más asiduamente piedras. La acumulación de piedras en muchas *apachetas* ha creado uno o más montículos. En rutas importantes, estos montículos se han hecho gigantescos como consecuencia de la acumulación de enormes cantidades de piedras a través de los siglos, y constituyen los más impresionantes de todos los sitios pequeños sobre los caminos incaicos. El impacto que producen se deriva de sus ubicaciones espectaculares y del gran tamaño de los amontonamientos de piedras (Figs. 9.6, 9.7, 9.8, 9.9).



Fig. 9.6.- La *apacheta* Tres Cruces tiene un montículo de piedras de tres metros de altura. Está en el punto más alto (4,450 m.s.n.m.), en el Nudo de Azuay, Ecuador. Hoy en día los viajeros aún reverencian el lugar.

Regal (1936: 17-20) y Jijón y Caamaño (1919: 175-301) han acumulado en conjunto una enorme información sobre ellas a partir de fuentes históricas y contemporáneas. Jijón y Caamaño, así mismo, compara las *apachetas* andinas con fenómenos similares en otras partes del mundo. La mayor parte de los autores españoles tempranos que mencionan las *apachetas* (Polo de Ondegardo, Pachacuti Yamqui, Guamán Poma, Santa Cruz, Ramos Gavilán, Cobo, Arriaga, Morúa) hacen sólo descripciones breves, señalando algunas veces que en éstas se depositaban muchas cosas distintas aparte de piedras. La descripción de Garcilaso ([1609] 1960/II: 48) es extensa y muy informativa. Anota que además de rocas también se depositaban como ofrendas bolas de coca, tierra, palos, paja y hasta pestañas (confirmado por Cobo). A esta lista puede agregarse maíz, sandalias viejas y plumas (Polo de Ondegardo [1567] 1917: 206-207). Pachacuti Yamqui ([1613] 1968: 287) afirma que los inkas inventaron la *apacheta*, pero sobre esto no existen pruebas hasta el momento.

Dado su obvio carácter pagano, las prácticas realizadas en *apachetas* fueron condenadas por un Concilio Provincial en Lima, durante 1567, y se ordenó a los sacerdotes desmantelárlas y plantar cruces sobre las mismas (Jijón y Caamaño, 1919: 175-176; ver también Salomon 1968: 215, quien informa sobre una orden similar en 1570). Estos intentos de cristianizar las *apachetas* realmente no disminuyeron el deseo de los nativos de reverenciarlas, y las pilas de *apachetas* con sus ofrendas acumuladas continúan creciendo a través de los Andes.

El Proyecto Caminos Inkaicos tuvo la fortuna de poder encontrar y hacer reconocimientos de una serie de *apachetas* en los caminos inkaicos. El examen

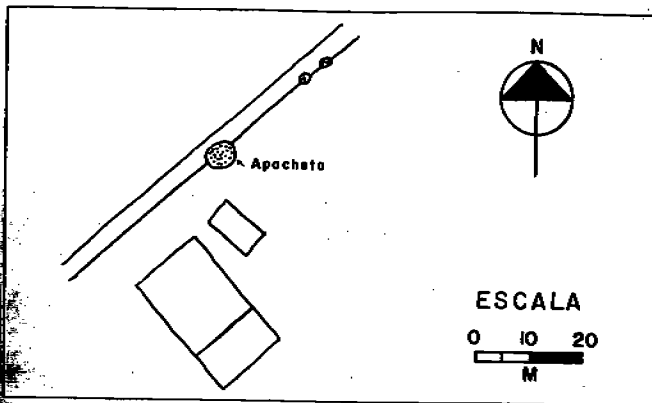


Fig. 9.7.- Plano del sitio de Apacheta Tres Cruces (Nudo de Azuay, Ecuador).

comparativo de esta información ha permitido ampliar las referencias publicadas sobre este tema.

La distribución de las *apachetas* es muy vasta. Nosotros encontramos dos en el Nudo de Azuay, en el Ecuador, y varias en la Provincia de Salta, Argentina. Otras, incluyendo una muy grande, pudieron ser vistas en el Departamento de Cochabamba, Bolivia (Fig. 9.10). Aún otras son conocidas en Ecuador, Perú, Bolivia y Argentina (Jijón y Caamaño 1919: 283-301). Lautaro Núñez A. (1976: 166, 177, 190) informa sobre *apachetas* en Altos de Pica, norte de Chile. Stohert (1967: 16) menciona una *apacheta* a 5,000 metros de altura en el camino inkaico de Taquesi (Bolivia), y von Hagen (1955: 67 y fotografías) encontró una en el camino de Urubamba en el altiplano sur del Perú.

La distribución de las *apachetas* desde el Ecuador hasta la Argentina y Chile indican que Pachacuti Yamqui puede haber estado en lo cierto cuando informó que las *apachetas* eran una invención inkaica. Su distribución es a grandes rasgos similar al del territorio mismo del Tawantinsuyu, y su construcción puede haberse difundido con el crecimiento del sistema vial inkaico. El autor encontró evidencias arqueológicas de tres grandes *apachetas* que funcionaban en tiempos del Imperio Inkaico: Tres Cruces en el Ecuador, Nasakari en Cochabamba, Bolivia; e Ingafán en la Argentina, pero desafortunadamente estas observaciones de campo no son suficientes para poder probar si existe o no un componente preinkaico en estos sitios.

Aunque indudablemente existen cientos o más *apachetas* en los Andes, su ubicación en puntos altos muy distantes de los caminos modernos, las ha mantenido



Fig. 9.8.- Montículos de piedra del sitio Apacheta Ingañán, a una altitud de 4,400 m.a.n.m., en la Provincia de Salta, Argentina.

seguras, y fuera del alcance de los arqueólogos. Ninguna *apacheta* ha recibido aún una investigación arqueológica detallada, como sería necesario para poder determinar si es que han sido parte de la tradición andina preinkaica o el resultado de prácticas difundidas recién durante el Imperio del Tawantinsuyu.

Los datos recopilados por el Proyecto Caminos Inkaicos nos revelan que un cierto número de *apachetas* son algo más que simples amontonamientos de piedras; incluso que algunas de ellas, tales como las de Tres Cruces, Nasakari, Ingañán y probablemente Acay, se encuentran asociadas con dos o tres estructuras que probablemente se remontan a tiempos de los Inkas. Posiblemente, estos sitios no son *tampu*, debido a la falta de agua en las cercanías y a la gran altitud. Sin embargo, la idea de descanso y de recuperación de energías es parte de las ceremonias de sacrificio en las *apachetas*, y posiblemente las estructuras de estos sitios pueden haber brindado alguna comodidad al cansado viajero que, de uno u otro lado de la misma, debía atravesar cuevas empinadas. Solo excavaciones arqueológicas dentro de las estructuras relacionadas a las *apachetas* podrán determinar las aún desconocidas actividades que ahí se realizaron.

La lista sobre los objetos que eran ofrecidos en las *apachetas* será ampliada cuando algún arqueólogo emprendedor encuentre tiempo para examinar el interior de estos amontonamientos de piedras llenos de objetos. Algunos objetos ofrecidos en tiempos de los inkas, tales como pestañas, pueden no recobrase jamás, pero podrían descubrirse otros nunca antes mencionados en crónicas antiguas o moder-

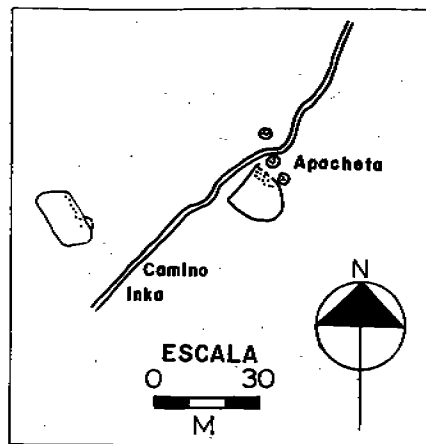


Fig. 9.9.- Plano del sitio de Apacheta Ingañán.

nas. Los arqueólogos del Proyecto Caminos Inkaicos encontraron fragmentos tanto de cerámica local como inkaica, y la *apacheta* Ingañán, en la Argentina, tenía un petroglifo con llamas esculpidas. Dado que las *apachetas* continúan en uso hoy en día, estas acumulan muchas ofrendas modernas.

Por otro lado, los grandes amontonamientos de piedras pueden estar rodeados por docenas de pequeños altares construidos con tres o cuatro piedras, con velas e imágenes religiosas. La tendencia actual de construir estos pequeños altares de piedra puede observarse en Ecuador, Bolivia y Argentina. Las *apachetas* en la Provincia de Salta, Argentina, estaban llenas de ofrendas modernas tales como cigarrillos, botellas de licor, tejidos de colores, cruces de madera y huesos de animales.

Las investigaciones realizadas por el Proyecto Caminos Inkaicos han puesto de relieve que las *apachetas* tienden a estar localizadas no solamente en puntos altos de los caminos, sino donde hay un descenso colosal que pudiera tomarle al viajero uno o dos días. Por lo tanto, es posible que las *apachetas* grandes tiendan a estar localizadas con frecuencia en los bordes de los Andes, donde las montañas descienden a las tierras bajas del oeste. La *apacheta* descrita por von Hagen, Stothert y Núñez A., se adecúa al patrón geográfico. La única gran *apacheta* observada por el Proyecto Caminos Inkaicos que no estaba justo al borde de la región del altiplano, es la *apacheta* Tres Cruces en el Ecuador. En este lugar la *apacheta* se encontraba en el punto más alto de una divisoria de montañas (Nudo de Azuay), y entre dos cuencas intervalles. En vista de que las *apachetas* están con frecuencia en puntos donde los Andes descienden a

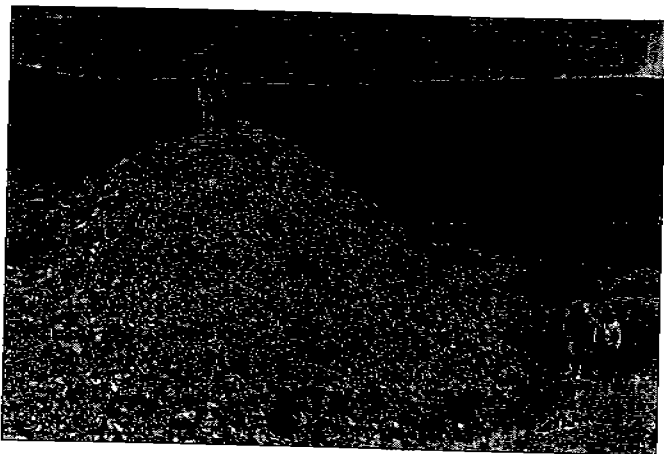


Fig. 9.10.— El sitio de la Apacheta de Nasakara tiene una gran acumulación de piedras en el punto en que el camino incaico desciende de la altiplanicie hacia el valle oriental de Cochabamba.

regiones más bajas, se requiere poco o ningún ascenso si uno se aproxima desde el lado del altiplano. Por lo tanto, para la mitad de los viajeros que se aproximan a ella, una *apacheta* no da la impresión de encontrarse a una altura extraordinaria, sino hasta el momento en que uno llega a ella y tiene una visión impresionante de las distantes tierras bajas. Esto está relacionado con un punto interesante que nos hace notar Mostajo (citado en Regal 1936: 19), quien expresa la opinión que:

"...las apachetas no señalan los puntos más altos, sino los lugares desde los cuales uno descubría un nuevo horizonte o un accidente capital de la naturaleza".

Sin embargo, las *apachetas* se encuentran a gran altura. Las exploraciones realizadas por el Proyecto Caminos Incaicos nunca pudieron encontrarlas por debajo de los 4,200 m.s.n.m., siendo la más alta observada aquella que se encuentra en el lado oeste del cerro Acay, en la provincia argentina de Salta, la que está a 5,000 metros sobre el nivel del mar. Está compuesta por dos pilas monumentales así como de varias más pequeñas, las que deben contener millones de piedras (Fig. 9.11). Este es el punto en el que el camino incaico abandona el altiplano argentino, y desciende al valle de Catchaquf.

Las *apachetas* constituyen tal vez el tipo más espectacular de adoratorio comúnmente encontrado en los caminos incaicos. Habían otras clases de sitios de naturaleza religiosa, que son las que expondremos en la siguiente sección.



Fig. 9.11.— La apacheta del cerro Acay, es una de las más grandes de los Andes (Salta, Argentina).

SITIOS SAGRADOS

La cantidad de puntos o lugares sagrados en algunos caminos incaicos, podría ser innumerable. La mayor parte de ellos no pueden ser identificados a través de técnicas arqueológicas, dado que se trata de simples rocas, puntos de observación paisajística u otros fenómenos naturales, los que eran conocidos sólo por los viajeros que frecuentaban ciertos tramos de los caminos. Uno de estos puntos típicos eran las *tokankas* (Tschudi 1918: 76), que son piedras grandes, o rocas, ubicadas en las laderas a la vera del camino, donde los nativos de los Andes, aún en nuestros días, escupen sus bolos de coca (*acullicos*) o los marlos del maíz. Estos puntos son considerados de valor espiritual, pero pueden ser usados también como sitios de descanso.

Los caminos que llegaban y salían del Cuzco estaban salpicados por lugares sagrados, los que formaban parte del sistema *zeque* de líneas sagradas o caminos que salían desde la capital incaica (Jijón y Caamaño 1919: 293-295; Rowe 1979; Hyslop 1973; Zuidema 1964, 1977). En el capítulo 12, más adelante, discutimos la relación entre el sistema vial y el sistema *zeque*.

El reconocimiento llevado a cabo en la región del Cuzco puede ayudar en gran medida a aclarar la relación entre los lugares sagrados y el rol de los caminos en la definición de divisiones espaciales importantes. Rowe (1967: 62, 71) ha señalado que

un número de estos lugares estaban ubicados a lo largo de las rutas principales, en puntos donde los viajeros perdían de vista a la ciudad del Cuzco.

Dado que el Proyecto Caminos Inkaicos no realizó reconocimientos en el área del Cuzco, nuestra información puede agregar muy poco para la comprensión de las líneas *zeque* y de los lugares sagrados sobre los caminos. Sin embargo, uno debe tener en mente que otros centros inkaicos importantes pueden haber sido diseñados con el concepto inkaico religioso y espacial, y que sus caminos pueden también haber tenido lugares sagrados. Polo de Ondegardo escribió que el sistema *zeque* fue utilizado en muchas ciudades a través del Imperio Inkaico. El análisis de la construcción de Huánuco Pampa que realiza Craig Morris (1984), indica que los conceptos inkaicos espaciales, incluyendo el sistema *zeque*, fueron usados en su construcción. Cuando los arqueólogos del Proyecto Caminos Inkaicos se acercaban a Huánuco Pampa por el camino principal inkaico que entra a la ciudad desde el sur-este, localizaron un lugar con dos cimientos rectangulares hechos en piedra, en un punto alto, donde el viajero perdía de vista la ciudad, o la veía claramente por primera vez dependiendo de la dirección en que viajara (Fig. 9.1C - sitio Sirrom). Por analogía con lo que se da en el Cuzco, una posible interpretación de este sitio sería que se trata de un lugar sagrado de un *zeque*.

Cuando los arqueólogos del Proyecto Caminos Inkaicos recorrieron los caminos que entran y salen de centros inkaicos muy conocidos (Tombamba o Cuenca, Hatun Cañar o Ingapirca, Hatuncolla, Chucuito, Cajamarca, Inkawasi, Tambo Colorado, etc.), no localizaron ningún probable lugar sagrado. Su ausencia podría deberse a una conservación arqueológica más pobre de sus alrededores que aquella de Huánuco Pampa, o a la posibilidad de que el sistema de organización espacial *zeque* fuera usado solamente en el Cuzco y en algunos otros pocos lugares. Una cantidad de fuentes históricas tempranas señalan que algunos centros inkaicos fueron construidos a semejanza del Cuzco, aunque todavía es incierto cuáles fueron estos centros y hasta qué punto los patrones espaciales del Cuzco fueron reproducidos con exactitud. Jesús de Arriaga (1922) emplea en Cuenca una evidencia toponímica para demostrar la similitud de Tombamba con el Cuzco. Otros intentos de comparar centros inkaicos con el Cuzco, sobre la base de patrones arquitectónicos, han dado resultados interesantes pero inciertos (Ellefsen 1973a, 1973b para Inkallacta, Bolivia; Rostworowski 1978-1980 para Inkawasi en Cañete, Perú).

La posibilidad de la asociación entre caminos, lugares sagrados y líneas radiales con sitios inkaicos distintos al Cuzco, no puede ser desestimada sin considerar el notable caso de aquellos caminos que irradian del complejo arquitectónico de La Centinela, en el valle de Chíncha en la costa sur del Perú. Estos caminos descubiertos por D. Wallace (1971, s.f.) se encuentran hoy en día intactos sólo en algunas partes, y se los observa mucho mejor en fotografías aéreas. El complejo arquitectónico de La Centinela es un importante centro inkaico y preinkaico, y existe una buena posibilidad que los caminos que irradian del mismo sean preinkaicos (Fig. 9.12). Sin embargo, uno de ellos era usado en tiempos de los inkas para atravesar el desierto hacia el valle de Pisco, desde donde proseguía tierra adentro hacia Vilcas Huamán y Cuzco. Otro, entre los sitios de La Centinela y San Pedro, fue utilizado casi con seguridad por los inkas. Los caminos rectos que se extienden desde el

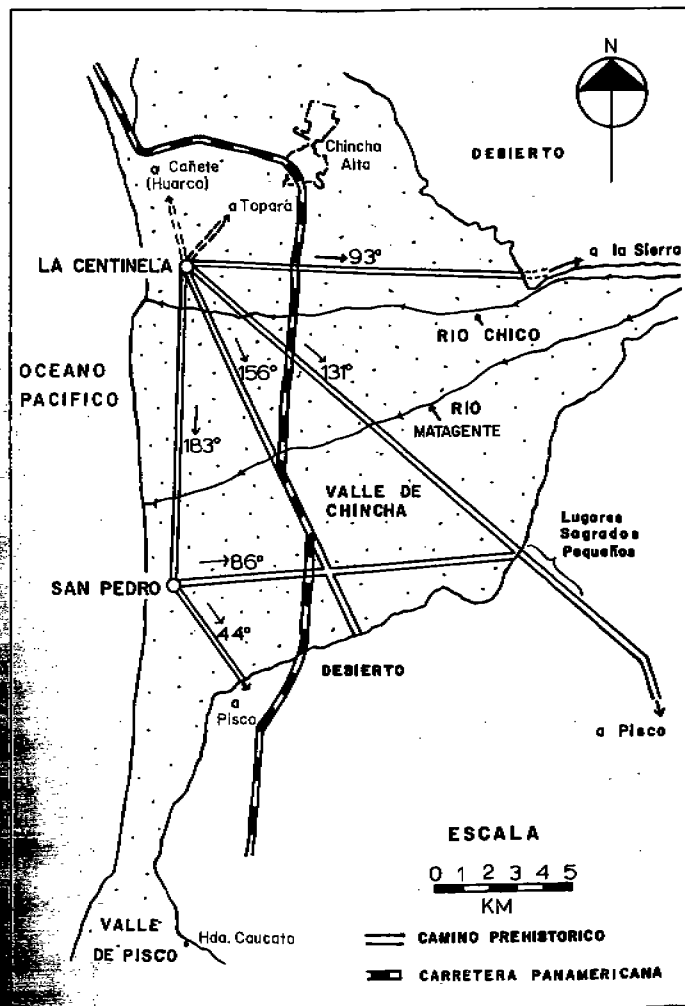


Fig. 9.12 - Caminos radiales en el valle de Chíncha, Perú (adaptado de D. Wallace 1971).

complejo La Centinela deberían hacer reflexionar a cualquier arqueólogo andino acerca de su relación con los principios incaicos del *zeque*, y/o con la antigua tradición andina, que data muchos siglos antes del Tawantinsuyu, de líneas radiales ceremoniales desde puntos específicos (Morrison 1978).

Cuando el antropólogo Jaime Urrutia y el autor siguieron el camino desde el borde irrigado del valle de Chíncha, a través del desierto hacia Pisco, encontraron una cantidad de sitios pequeños que estaban caracterizados en general por piedras dispersas en un radio de dos o tres metros, y que se encontraban a ambos lados del camino a intervalos de varios cientos de metros (Fig. 9.13). Podían observarse entre las piedras restos de maíz, huesos de pescado, fragmentos de textiles, tientos no identificables y conchas. Los textiles y las conchas eran sacrificios usuales en los lugares sagrados de los *zeque* cercanos al Cuzco. Estos sitios desaparecen aproximadamente a unos dos kilómetros del borde del valle de Chíncha, y el camino mismo, de unos diez metros de ancho, continúa a través del desierto hacia Pisco.

No existe una explicación adecuada para estos sitios de rocas desparramadas en el desierto al sur-este de Chíncha; no obstante, uno puede acariciar la idea de que las líneas del *zeque* que irradian de un mismo punto, y que tienen numerosos lugares sagrados en ellas, guardan relación con esta configuración de los caminos y sitios en Chíncha. Por lo tanto, y en espera de evidencia más definitiva, estos sitios de piedras dispersas pueden ser prueba de la existencia de sitios sagrados en los caminos

Fig. 9.13.— Estas piedras desparramadas se encuentran en el camino radial sobre el desierto, entre los valles de Chíncha y Pisco. Una cantidad de estos sitios se encontraron sobre el mismo camino al borde del valle de Chíncha. Pudieron ser ofrendas u adoratorios.



incaicos. Sin embargo, y aunque lo fueran, existe también la posibilidad de que fueron usados anteriormente por pueblos preincaicos.

Es tal vez prematuro sugerir con alguna seguridad que los caminos que irradian desde La Centinela están necesariamente relacionados a conceptos culturales que involucran patrones radiales de líneas y lugares sagrados (Wallace s.f.: 9). La razón para ésto es que tres de los cuatro caminos que salen de La Centinela tienen un acceso directo a puntos de importancia. El camino norte-sur (183°) lleva al gran sitio de San Pedro. El sur-oeste (131°), en diagonal, lleva a Lima La Vía en el valle de Pisco y prosigue hacia la sierra. El radial este-oeste (93°) se dirige a otra ruta hacia las montañas a lo largo del río San Juan. La naturaleza radial de los caminos del valle de Chíncha está acentuada por su rectitud, que es una característica de los caminos precoloniales tardíos de los valles y desiertos de la costa peruana, y que no implica necesariamente un significado religioso (ver sección concerniente a la rectitud de los caminos en el capítulo 4)

Un ejemplo final de puntos religiosos sobre los caminos incaicos puede estar constituido por simples lugares de descanso, los que son extremadamente difíciles de detectar a través de un reconocimiento arqueológico. Yo me he preguntado muchas veces si el ensanchamiento en un punto dado de los caminos fue creado intencionalmente como un sitio para descanso, o si era el resultado de alteraciones post-incaicas de carácter natural o humano. El significado religioso "pagano" de los puntos de espera, o de descanso, sobre los caminos, no pasó desapercibido para las primeras autoridades cristianas quienes, como en el caso de las *apachetas*, ordenaron el emplazamiento de cruces sobre los mismos (Salomon 1978: 215).

Es probable que los puntos de descanso, particularmente aquellos sobre pendientes empinadas en terrenos áspers, fueran interpretados con frecuencia como observatorios paisajísticos, puesto que el viajero podía observar un paisaje magnífico desde ellos. De hecho, estos puntos pueden haber proporcionado espacios para colocar llamas, fardos y literas en intervalos a lo largo de aquellos caminos angostos donde trepar era inevitable. El autor nunca observó lugares de espera o para descansar tan bien contruidos como los descritos por Fejos (1944: 54) sobre el camino incaico cerca de Machu Picchu. El escribió:

"...cada uno está compuesto de una pequeña terraza con mampostería, ubicada en el mejor sitio posible para observar el espacio circundante. No hay restos de casas".

SITIOS DE CONTROL

En su tesis doctoral de 1955, John Murra (1980: 145-149) revisó la evidencia histórica temprana relacionada a los puntos de control o peaje en los caminos incaicos. Esta información no es particularmente abundante, presumiblemente porque tales puestos fueron abandonados prontamente con la caída del Imperio, y la

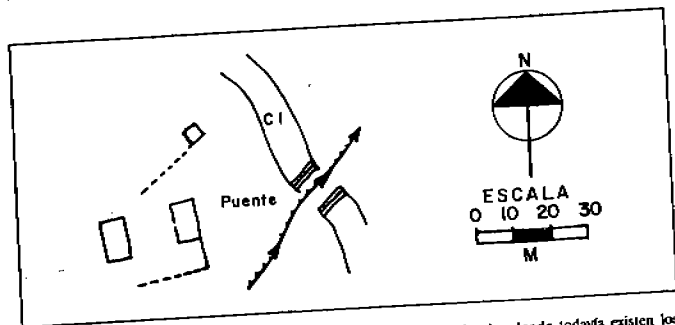


Fig. 9.14.- Plano del sitio de Inkavado. Está al borde del río Lauricocha, donde todavía existen los estribos de un puente incaico.

mayoría de los viajeros letrados nunca los vieron funcionando. La evidencia ofrecida por Xerez ([1553] 1970: 52) vincula un punto de peaje con uno de los lados de un puente cercano a Cajas, en la sierra norte peruana. Este también era un puesto de control, ya que regulaba la cantidad de carga que entraba y salía del poblado. Esto es representativo de otras fuentes tempranas, las que en forma consistente vinculan puntos de control ya sea con puentes, con la entrada a poblados, o con ambos. Así mismo, Hernando Pizarro ([1533] 1959: 88) ubica una instalación para peaje a la vera de dos puentes colgantes en algún lugar al sur de Cajamarca, posiblemente sobre el río Crisnejas. Igualmente, Cieza ([1553] 1962: 263) escribe sobre colectores de peaje a la vera del puente de pontones de juncos en el extremo sur del lago Titicaca. De igual manera está bien documentado el control de bienes y personas que entraban al Cuzco (Rowe 1967: 62, 71).

El control no se efectuaba solamente en los puentes o en los asentamientos sino también en las *chaskiwasis*, si el testimonio de 1568 (Salomon 1978: 217- 218) se refiere a prácticas pre-hispánicas. La cita refiere que los *chaskis* usaban cuerdas en los caminos y campanas en los puentes para detectar a los viajeros nocturnos que hubieran deseado pasar desapercibidos. Murra (1980: 150) explica los puestos de control y de peaje como una forma de facilitar y dirigir los negocios del Estado, que no pagaba peaje, y controlar y regular el tráfico privado que sí debía hacerlo.

Una forma adicional de control puede haber sido el de las puertas (*pungu*), situadas en algunos puntos de los caminos que conducían hacia las laderas orientales de los Andes. La limitada información histórica que existe en relación a estas puertas proviene de las "visitas" de Ortiz, y uno no puede estar seguro si los *pungu* eran construcciones físicas (*lapachetas*?) o meros puntos geográficos. Los lugares conocidos como *pungu* merecen un examen arqueológico.

Los puestos de control y peaje son rara vez reflejados en la evidencia arqueológica. Si es que éstos fueron estructuras especiales, posiblemente tuvieron un tamaño

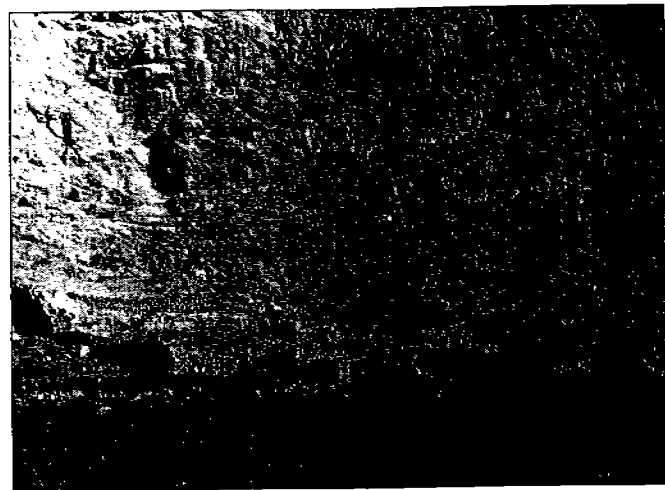


Fig. 9.15.- Vista del sitio Escalón (Inkawasi, Lunatunán, Perú) desde el río hacia las laderas del valle, notándose la muralla en primer plano.

pequeño y estuvieron sujetos a un rápido deterioro. Así mismo, por lo que puede interpretarse de los archivos históricos, las actividades de control eran ejercidas por trabajadores en otros tipos de sitios a la vera de los caminos como en *tampus*, poblados y *chaskiwasis*. La información recolectada por nuestra prospección indica que no todos los puentes tenían guardias; por ejemplo, nuestra expedición a Huánuco pasó al lado de los restos de varios puentes sin estructuras asociadas. El sitio de Inkavado, en cambio (Fig. 9.14), a la vera del puente sobre el río Lauricocha (sierra central del Perú), constituye un buen ejemplo de una instalación vial que debe haber contado con un sistema de guardias, o de control, entre sus actividades.

En general, la evidencia reunida por nosotros usualmente no confirma la presencia de pequeños sitios de control en la periferia de los grandes centros incaicos. Estos resultados negativos pueden ser consecuencia de una conservación arqueológica pobre o, tal vez, de que no todos los sitios tenían puestos de control. Cualquier sitio de control a la vera de los caminos, cerca de los grandes centros, puede correr el riesgo de ser confundido con un lugar sagrado, porque tal como se expuso previamente éstos son frecuentes en los caminos de entrada a los centros principales.

La mejor evidencia de una serie de puestos de control se detectó en la exploración de un camino por la costa norte del Perú; allí, sitios rectangulares se encuentran ubicados en el desierto antes que el camino entre en el área irrigada de un valle

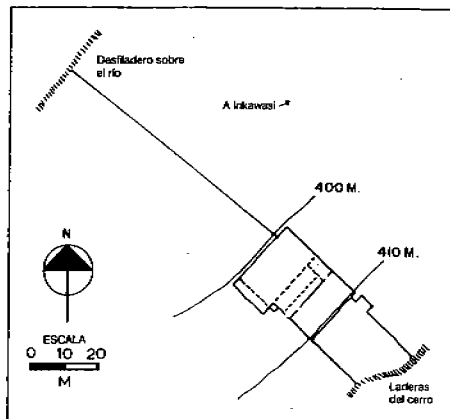


Fig. 9.16.- Plano del sitio de Escalón, en Lunahuaná, Perú.

costero. Son ejemplos de esto los sitios de Canteras, Kroeber 3, Kroeber 2, el sitio de Arena y el sitio H 351 668 (Kroeber 1930; Hyslop y Urrutia 1980). Desafortunadamente, nuestras investigaciones no pudieron probar que estos sitios, que pudieron haber sido construidos en tiempos preinkaicos (así como también el camino), continuaran funcionando durante el Tawantinsuyu. Si estos sitios fueron puntos de control, agrandarían nuestra perspectiva sobre dónde pudieron haber estado ubicados. No están sobre puentes, *tampu*, pueblos, *chaskiwasis*, o *pungu*; y su ubicación es a la vera del camino, en el desierto cercano a la entrada de un valle.

Un ejemplo final de una obvia instalación incaica de control es el sitio de Escalón (Figs. 9.15 y 9.16), seis kilómetros al oeste de la guarnición de Inkawasi, en Lunahuaná (valle medio de Cañete, costa central del Perú). El sitio (Hyslop 1985: 34-41) es un puesto de avanzada entre Inkawasi y el valle bajo, con cuyos pobladores los Inka estuvieron en guerra durante tres o cuatro años. Un muro corre desde las laderas empinadas del valle, a través de uno de los lados del sitio, hasta el barranco del río, y podía efectivamente detener todo el tráfico a lo largo de esa margen del río, constituyendo ésta la evidencia de que el sitio ejercía funciones de control.

Hay pocos ejemplos mejores sobre una instalación incaica de control. La naturaleza probablemente militar del sitio, nos recuerda la fina línea divisoria que separa algunos puestos militares de instalaciones de control.

RESUMEN

Durante la prospección de caminos incaicos hemos encontrado ejemplos representativos de probables *chaskiwasis*, *apachetas*, puntos de control, lugares sagrados y sitios de descanso. La evidencia arqueológica de estos sitios ha aclarado algunas interrogantes, y creado otras nuevas en relación al rol, número y ubicación de ellos. Las *chaskiwasis* parecen haber estado ubicados en forma irregular, y construidos de maneras muy diversas. La gran interrogante que subsiste es cuáles caminos tenían *chaskis* (la evidencia, aunque limitada, sugiere que sólo unos pocos), así como hasta que punto podían transmitir exitosamente los mensajes orales conjuntamente con el *kipu*.

Las *apachetas* se encuentran en todas aquellas Repúblicas andinas alguna vez gobernadas por el Tawantinsuyu. Es aún incierto si la influencia incaica hizo que éstas proliferaran, o si son una tradición panandina preinkaica. Las *apachetas* más grandes se encuentran generalmente en los bordes de los Andes, desde donde una descende hacia las tierras bajas del oriente u occidente. Las *apachetas* ocasionalmente cuentan, aparte del amontonamiento de piedras, con dos o tres estructuras de uso indeterminado.

La evidencia histórica que existe sobre instalaciones de control en los caminos incaicos, indica sobre funciones de control y peaje ejercidas a la entrada de establecimientos, puentes y *pungu*. Los datos del reconocimiento realizado revelaron sobre posibles puntos de control en los bordes de los valles costeros, y en lugares al lado de instalaciones militares. En general, no es sencillo el poder detectar sitios de control, hecho que posiblemente pueda explicarse por su existencia dentro de otras instalaciones sobre el camino tales como *tampus*, centros más grandes y *chaskiwasis*.

Diversos tipos de sitios pequeños de carácter religioso adornan los caminos incaicos. Pueden estar relacionados a los lugares sagrados de los *zeque*, puntos de espera o de descanso y/o a fenómenos naturales (por ejemplo, rocas) considerados por los viajeros de una importancia espiritual. La información histórica sobre la gama y variedad de tales sitios, así como su naturaleza anónima, nos hizo tomar conciencia que el realizar un conocimiento de superficie sólo permite localizar una pequeña muestra de estos sitios.

Finalmente, las tácticas para llevar a cabo reconocimientos de sitios pequeños sobre caminos incaicos no han sido muy bien desarrolladas. La experiencia del autor en un buen número de caminos incaicos, ha probado que debe prestarse atención hasta a la más insignificante irregularidad que exista sobre la superficie a la vera de los caminos. Frecuentemente, estas mínimas indicaciones de sitios pequeños pueden ser detectadas únicamente si uno camina por ambos lados del camino, y no por el medio del mismo.